

# Cuadernos del Sur

---

Número 15 ■ ABRIL de 1993

Tierra  fuego  
del

# giuseppe prestipino

# Socialismos reales y capitalismos imperiales

## 1. ¿Socialismo o capitalismo de Estado?

Entre los presupuestos teóricos del partido bolchevique y los de la socialdemocracia occidental (en especial la alemana) había, a principios de siglo, un parentesco más estrecho de cuanto comúnmente se cree.

La dirección prevaleciente en la socialdemocracia alemana se basaba sobre el diagnóstico de un desarrollo capitalista que, a través de una concentración progresiva de las empresas y mediante formas propias de organización en gran escala ("capitalismo organizado"), habría hecho posible la estatización de los mayores complejos económicos y, en consecuencia, el pasaje al socialismo<sup>1</sup>. Lenin compartía, en sustancia, esa previsión y ese modelo de transición (piénsese en los debates teóricos que él había tenido con Hilferding en su concepción del imperialismo, con Kautski sobre la cuestión agraria y con otros teóricos de la Segunda Internacional sobre la estrategia de las alianzas. También en su concepción del partido como vanguardia intelectual que habría suscitado la "conciencia de clase" obrera "desde el exterior", Lenin se acercaba a Kautski.

Sin embargo, mientras en la socialdemocracia alemana perduraba una concepción determinista del desarrollo y una confianza en la ineluctabilidad de los procesos que habrían de llevar de manera casi indolora al socialismo, y por ello se afirmaba una estrategia reformista y gradualista, en Lenin el factor subjetivo y el rol de la iniciativa política devenían determinantes: en el leninismo el atraso de Rusia, o sea la distancia que la separaba del "capitalismo organizado" (piénsese en el vivo debate que había ocupado a los populistas, Plejanov y al mismo Lenin), devenía un argumento en favor de la revolución. Por otra parte la circunstancia histórica en la que se desenvolvía la revolución y su prolongación por muchos años en un país atrasado, multiétnico y asediado por las potencias occidentales, habrían inducido a los sucesores de Lenin a aceptar, más que a remover, la

tradición absolutista del estado zarista. Y les habría inducido por lo tanto a exasperar la concepción kautskiana-leniniana del partido, acentuándole los caracteres elitistas y jacobinos, en la ya ruinosa identificación entre el partido y el Estado (o resolución del Estado en el partido).

Pero la elección leniniana por la revolución, en alternativa a la vía reformista, brotaba también de una ruptura con la Segunda Internacional que se consumaba, en la primer guerra mundial, ante la pasiva aceptación del belicismo chovinista por parte de las fuerzas socialdemocráticas más representativas (aún en las totalmente alteradas condiciones históricas, es posible entrever hoy alguna analogía en la pasividad de la Internacional Socialista frente a los aspectos más controvertidos de la guerra del Golfo?) A la consigna "transformar la guerra imperialista en revolución socialista" es, en efecto, reconducible la génesis de los partidos comunistas organizados en la Tercera internacional.

Después de Lenin, la URSS se replegaba hacia una suerte de nacionalismo gran ruso, cómplice del cual fue ante todo la teoría stalinista del "socialismo en un solo país", que era un equivalente audaz del que habría sido para las corrientes reformistas occidentales el Estado-nación como "Estado social". La victoria en la segunda guerra mundial habría también alimentado en la URSS una tendencia -según la China maoísta, "social-imperialista" - a someter (más que a liberar) otros pueblos. La actual explosión de rebeliones étnicas o nacionalistas es continuación de la fallida integración supranacional y de la profunda crisis hegemónica que ha concurrido a debilitar una de las dos mayores superpotencias, facilitando la victoria de la otra <sup>2</sup>.

A través del filtro del binomio imperialismo-guerra quizá sea posible una lectura histórica comprensiva de los tres cuartos de siglo transcurridos desde la revolución de octubre hasta hoy, para poder descifrar mejor el enigma URSS. La revolución de octubre quiso ser una respuesta, en nombre del internacionalismo, a la primera guerra mundial. La segunda guerra mundial, a su vez, marca la divisoria de aguas entre dos respuestas distintas de Occidente a la revolución de octubre. La respuesta nazi-fascista intenta derrotar al comunismo con los regímenes totalitarios de derecha y con la invasión militar, aún cuando sea dentro del cuadro de un nuevo conflicto mundial entre Estados capitalistas. La Unión Soviética sale del conflicto exhausta pero vencedora. La respuesta "democrática" conducida por los Estados Unidos logra en cambio derrotar a la Unión Soviética en la "tercera guerra mundial" realizada por medio del uso simbólico de armas reales (y misilísticas) cada vez más potentes. La atómica sobre Japón (1945) sirvió para establecer, escribe L.Cortesi, los confines de seguridad para los Estados Unidos bien afuera del propio territorio y sobre todo para lanzar una admonición y una intimidación en la confrontación con la URSS <sup>3</sup>.

La intensificación de la producción bélica en ambos campos, fomentada por los Estados Unidos, en el período que va desde su monopolio atómico a su reciente proyecto de escudo espacial, y la manifiesta imposibilidad para la URSS de marchar tras una incesante carrera al rearme, convierte a las sobrevenidas dificultades de su economía en una derrota irreparable. Fomentar en la producción de armas la fiebre de la innovación tecnológica que rápidamente se había apoderado de la gran empresa capitalista: he aquí el secreto de la victoria estadounidense sobre la URSS. "El discurso principal debe ahora desplazarse sobre las debilidades del modelo económico-social en sí; y sin embargo la misma experiencia de 1979-1989 sugiere la imagen de una derrota, económica y tecnológica al que la Unión Soviética fue incapaz de sustraerse y al cual había creído poder responder en una ruinoso puja. pero que en un lúcido cálculo de riesgo era muy desigual para haber podido vencer a Occidente, incluso sin una guerra efectiva entre los dos sistemas" <sup>4</sup>.

Que el uso de nuevas y potentísimas armas de exterminio haya sido en la "tercera guerra mundial" solamente simbólico y que por mucho tiempo las potencias occidentales no se hayan empeñado directamente en conflictos armados ha dependido del relativo equilibrio ("del terror") que la URSS pudo de vez en cuando restablecer entre los opuestos arsenales y entre los opuestos sistemas. Cuando en 1956, enseguida de la primera crisis del bloque soviético culminada en la revuelta húngara, el equilibrio insinuó romperse, se reanudó la guerra efectiva con la intervención anglo-francesa en el medio oriente en defensa del canal de Suez. Y cuando en 1991 el equilibrio se rompió desembozadamente, por el colapso de la URSS como potencia económica y como sistema imperial, he aquí que las "tempestades del desierto" bajo el comando estadounidense sobrevinieron puntualmente en la misma área mediorienta, en defensa del petróleo. Guerra efectiva (como antes de Yalta) y, conjuntamente, uso simbólico (como después de Yalta) de las armas -y de la misma guerra efectiva- dirigido a desalentar con las demostraciones prácticas de la potencia tecnológica estadounidense, las veleidades de cualquier adversario que osase desafiarlas en el futuro: el balance de la guerra del Golfo comprende también estas cosas, no solamente el Cuestionario sobre guerras justas y guerras injustas<sup>5</sup>.

Efectivamente, entre los efectos positivos del relativo equilibrio que la URSS consiguió en la competencia militar con el occidente no han de computarse solamente el uso meramente simbólico de las armas deben computarse las conquistas del Estado Social y del desarrollo ulterior de la democracia en la forma del sufragio universal en varios países de occidente (en particular, las características innovadoras de la constitución republicana de nuestro país). El impacto -aún arduo y contradictorio- sobre los movimientos de emancipación de los pueblos del tercer y cuarto mundo es ampliamente notorio. Domenico

Losurdo sostiene, sin equivocarse, que las conquistas de la revolución de octubre son visibles más que en las vicisitudes interiores de la URSS, en sus repercusiones externas en los países avanzados de occidente y en el llamado "Sud del mundo". Y, en efecto, cuando la URSS mostró los primeros signos de flaquear, no sólo el Sud conoció nuevas formas de dependencia económica y política, no sólo el Estado Social fue gradualmente anulado en occidente, sino también la democracia -aún en su mayor difusión entre nuevos pueblos- entró en crisis. A esa crisis involutiva, por otra parte, concurren las nuevas dimensiones supranacionales de los poderes económicos, de las relaciones de mercado y de los correspondientes circuitos de información (o de formación de consenso). En consecuencia el socialismo, si bien limitado a la URSS procuró ventajas a las clases trabajadoras y a los pueblos del resto del mundo más que a la misma URSS? No el socialismo, sino -una vez más- la potencia "simbólica" del socialismo. Un fantasma no recorre más Europa.

Los comunistas italianos, en su intento de llevar a cabo una revisión crítica de juicios que en otros momentos han alentado en solidaridad hacia el llamado "campo socialista", tal vez deberían aún colmar una omisión. Que aquellos regímenes no fuesen democráticos lo comprendieron a partir del pre-memorial de Yalta y, en términos más explícitos, en los años de Berlinguer. Pero que esos regímenes no fuesen ni siquiera socialista (y sobre todo que de ninguna manera se encontrasen sobre la vía que conduce al comunismo) lo sostuvieron solamente algunos estudiosos que analizaron su estructura de clases <sup>6</sup>, y algunos grupos de *gauchistas* o de *leftist* de los cuales el PCI por lo general tomaba distancias. Los análisis de Ch. Bettelheim y otros que encontraron en la sociedad soviética una forma extrema de "capitalismo de Estado" inspiraron en la publicística de izquierda solamente a quienes se colocaban fuera del PCI. Hasta Lucio Lombardo Radice, que luego de los hechos de Praga del 68 fue uno de los más intransigentes entre los intelectuales del PCI en el rechazo del modelo soviético, se limitó a definirlo como "socialismo de Estado", reconociendo explícitamente de esa manera su carácter socialista.

Y, sin embargo, una lectura atenta de algunos escritos de Lenin habrían podido ponernos sobre aviso. Lenin opinaba que el capitalismo de Estado podía constituir la premisa estructural (capitalista precisamente) para una posterior y cercana transformación socialista. En la "Historia de la URSS" G. Boffa juzga que esos escritos de Lenin son "esenciales para la comprensión de su pensamiento". Tal vez se capte el verdadero significado de la NEP si se arriesga la hipótesis de ser, a juicio de Lenin una salida, desilusionada por demás, del capitalismo de Estado, ya a comienzos de una experimentación apenas iniciada. Quizás la NEP no fuese un repliegue táctico hecho necesario por haber osado avanzar demasiado sobre la vía del socialismo; sino el fruto de una constatación amarga (e inconfesada): como "antecámara del socialis-

mo" el capitalismo de Estado se revelaba -al menos en el campo- peor que la iniciativa privada. Y quizás bajo esta luz logremos entender mejor la obsesión que no da tregua a Lenin, ya moribundo, cuando intenta poner en guardia al partido sobre las posibles degeneraciones burocráticas y, en ese contexto, del incipiente autoritarismo de Stalin.

Rossana Rossanda afirma que, si en los años treinta la URSS deviene un país industrial, el mérito fue por cierto de la planificación; pero si Lenin había declarado realistamente que lo realizado en la URSS después de Octubre era una suerte de capitalismo monopolista de Estado, no aún el socialismo, el mismo Lenin, cuando contribuyó a desplazar a los soviets en beneficio del partido, perjudicó la socialización que habría debido seguir inmediatamente después. La colectivización forzada por obra de Stalin repitió en ciertos aspectos la acumulación capitalista originaria en perjuicio de los campesinos y creó una fosa entre los campesinos y los obreros, entre los campesinos y el partido-Estado <sup>7</sup>.

## **2. La confrontación Este-Oeste**

Aquel "capitalismo de Estado" conoció, desde el advenimiento de Stalin a la muerte de Breznev, los desarrollos y las involuciones que los libros de historia y la publicística política han registrado. Como medio para realizar una acumulación acelerada y para acortar las distancias con los países más avanzados, en una etapa todavía caracterizada por el industrialismo clásico y por la preeminencia de los mercados nacionales o imperiales, el sistema -dentro de sus límites- fue relativamente eficaz. En un período en el cual el empleo de la fuerza de trabajo, aunque modernamente organizada según los cánones tayloristas y fordistas y mantenida a raya con el ejército de reserva, constituía aún el casi exclusivo fundamento de la valorización capitalista, el desafío soviético, que apuntaba sobre el crecimiento de la ocupación obrera (aún cuando neutralizada en parte por la ausencia de un ejército de reserva, o por la seguridad del puesto de trabajo, y por la consiguiente pérdida de eficiencia de la empresa) podía maniobrar en su ventaja la función anti-crisis de una economía planificada. Cuando la compenetración entre la intervención estatal y los programas de las empresas privadas se acentuó también en Occidente, cuando comenzó a perfilarse la actual revolución tecnológica en Occidente y el mercado mundial unificado hubo impuesto a todos sus propias leyes, el sistema soviético -manteniéndose rígidamente en los módulos de la moderna división del trabajo obrero y privándose de cualquier estímulo a "expeler" una parte del trabajo obrero- gradualmente cesó de funcionar. O mejor aún: pudo todavía funcionar solamente en el sector de los armamentos y de las empresas espaciales, en el cual el Estado es productor y consumidor

en forma conjunta (consumidor que por lo tanto decide de cual y de cuanta producción tienen necesidad). De manera que, si para sostener la definición de "capitalismo de Estado" se quiere aducir la existencia en la URSS de una única y grande empresa, en la que se compensan las deseconomías o las manifiestas ineficacias de las fábricas singulares, en un proceso de acumulación forzada que por último hace de la producción misma el fin de la producción, entonces la definición más apropiada sería aquella que reconociese allí un capitalismo (monopolista) de Estado tendiente a incrementar el surplus (producto excedente) destinado a la acumulación de medios de producción bélica para estar adelante en la competencia con la otra superpotencia imperial. Veremos luego como a la crisis macroscópica de la URSS corresponde una crisis mucho menos aguda, pero en ciertos aspectos análoga, de los EEUU y de su economía ampliamente militarizada.

Hannes Hofbauer y Andrea Komlosy, en un estudio aún inédito, sobre "Restructuring (Eastern) Europe", efectuado en Viena, sostienen que los años cincuenta y sesenta fueron en el Este europeo años de crecimiento extensivo. El socialismo fue una especie de proteccionismo dirigido a la construcción de una industria local en países periféricos, prevalentemente agrícolas o devastados por la guerra. La distancia con los países occidentales podía disminuir relativamente. El producto bruto interno (PBI) per capita (según los cálculos UN, Economic Bulletin for Europe, v. 31, nº 2, New York 1980) creció en efecto entre 1955 y 1973 en 5,21 veces en la URSS, en un mínimo de 4,3 veces (Alemania del Este) y en un máximo de 6,65 veces (Bulgaria) en los otros países del Este, mientras aumentó en 3,38 veces en USA, en 3,73 en Canadá, en 3,47 en Australia, en 3,36 en Gran Bretaña, en 3,88 en Suecia, en 4,38 en Alemania Federal, en 4,51 en Francia, en 4,66 en Austria y conoció incrementos no muy disímiles en los otros países industriales avanzados, excepción hecha de Italia (5,1 veces) y, sobre todo, del Japón (7,13 veces).

En los años sesenta el desarrollo extensivo del Este europeo reveló sus propios límites y el sistema apareció como incapaz de promover la innovación tecnológica. Los objetivos del crecimiento industrial y los standards de competitividad fueron por lo tanto dados por Occidente. A partir de 1971 y en medida siempre creciente, aquellos gobiernos echaron mano a los créditos occidentales para poder importar tecnologías y bienes de consumo. Los créditos ascendieron (para la URSS y Europa Oriental en conjunto) a 6,7 millones de dólares en 1970 y se multiplican hasta los 134,5 millones en 1987. Los datos son suministrados por el Instituto de Viena para los estudios económicos comparados. También I. Wallerstein<sup>8</sup> sostiene que industrialización y crecimiento acelerado eran posibles, en el Este europeo mientras prevalecieron en esos países (o más en general?) técnicas de desarrollo extensivo, fuerza de trabajo a bajo costo, consumo contenido

y ausencia de guerras, pero rígido control político. Agotada dicha fase, no quedaban más que los remedios del Tercer mundo (recursos petrolíferos, deuda externa). Pero en los años ochenta también para tales medios llega la hora de la verdad. Declinación estadounidense y estancamiento de los países periféricos fueron, agrega I. Wallerstein, la base de las vicisitudes más recientes de los países del Este, considerados equivocadamente al reparo de la economía-mundo capitalista.

Al empuje hacia el endeudamiento, que se advirtió en el Este, correspondió una nueva necesidad de prestar dinero en los mayores países del Oeste. Los países del "socialismo real", dicen H. Hofbauer y A. Komlosy, no pudieron nunca desengancharse realmente del sistema mundial capitalista. La acumulación de capital fue el principal criterio regulador también para las economías socialistas, que estuvieron siempre condicionadas por los procesos de reconstrucción y por los períodos de prosperidad o de crisis que se sucedían en el Occidente capitalista. Como consecuencia de la recesión económica verificada a nivel mundial, a fines de los años sesenta, en lugar del objetivo político-estratégico de una desintegración económica Este-Oeste. En tal coyuntura, la caída de las ganancias y las tendencias especulativas surgidas por la dificultad de nuevas inversiones productivas, se tradujeron en la disponibilidad de los tenedores de capital a prestar dinero a tasas de interés muy bajas (la prima rate baja en USA al 5,2% y en RFA al 6,8% durante 1972) que animaron a los países del Este europeo y a los del Tercer mundo a contraer deudas en cantidades elevadísimas.

Pero hete aquí que las tasas de interés subieron, alcanzando en 1981 al 18,7% al 13,6%, respectivamente, en USA y en RFA. Los países del Este europeo y los del Tercer mundo se encontraron en graves dificultades y constreñidos a endeudarse aún más, para poder pagar los intereses de las viejas deudas. Los países del Este contribuyeron así a financiar el déficit comercial de USA, mientras las elevadas tasas de interés aseguraron un flujo constante de capitales alemanes y japoneses a los bancos estadounidenses. Al endeudamiento creciente del Este, no correspondió, por otra parte, la esperada disminución del gap tecnológico que lo separaba del Occidente, porque éste último continuó boicoteando el acceso a sus propias tecnologías. El gap, así, se acrecentó. Los créditos se revelaron como una buena inversión para Occidente, porque tomaron dependientes a las economías orientales y las obligaron a dar una contribución financiera a las economías occidentales para permitirles enfrentar la crisis mundial.

El único país que, en los años 80, se empeñó a fondo para pagar todas las deudas contraídas y que se ganó así la estima de occidente fue Rumania, que para eso redujo drásticamente las importaciones de Occidente, intensificó las exportaciones y sacrificó brutalmente el nivel de vida de la población. La revuelta explotó pocos meses después que fue enteramente



saldada la deuda, cuando el nivel de vida habría podido volver a subir la pendiente. Polonia se puso en el mismo camino, pero no alcanzó a recorrerlo hasta la extinción de la deuda porque la rebelión obrera guiada por Solidaridad explotó enseguida después de los primeros y tangibles empeoramiento de nivel de vida; a partir de diciembre de 1981, estado de sitio y aceptación de las directivas del FMI para la liberación de los precios procedieron parejamente.

El cepo de la deuda y de sus intereses debía empujar a los países del Este a someterse a las condiciones del FMI en materia de reglas y métodos de política económica, en reemplazo de los viejos postulados socialistas. Y, en países caracterizados por una estrecha conexión entre política y economía, los cambios económicos debían provocar otros tantos rápidos movimientos políticos (libre mercado y monopolio del partido eran evidentemente incompatibles). Por lo demás, observan los dos estudiosos austríacos, júzguese cuanta desconfianza podía difundirse en la población en relación a la proclamada superioridad del modo de producción socialista, si los mismos gobernantes confesaban poder garantizar niveles decentes de subsistencia para todos solamente echando mano a los dineros de los países capitalistas occidentales. Nuevas clases medias, formadas rápidamente en tal contexto, y nuevo rol de los intelectuales hicieron el resto. Las tentativas de reforma económica fueron encaminadas, sobre todo en Hungría, a la finalidad de incrementar las exportaciones hacia Occidente, desarrollar el turismo y obtener dineros frescos. Concluyen los autores (sobre cuyos análisis he querido detenerme en extenso), que las élites políticas vieron en la reforma económica la posibilidad de conservar el poder, no sospechando que con esa misma reforma se habría cumplido el último acto de su gestión.

De mi parte querría observar que los dos autores, atentos a una dinámica económica regional e internacional por cierto relevante, tal vez no hayan valorado adecuadamente, entre las causas del colapso de la economía imperial soviética, la insostenibilidad de la competencia tecnológica impuesta por los Estados Unidos en el terreno militar y, en consecuencia, de las pesadas cargas soportadas para acrecentar las zonas de influencia en varias regiones del globo.

Es provechoso por lo tanto integrar aquellos análisis con otros juicios y otros datos. Pero, antes de echar mano a otras contribuciones, querría proponer un esquema orientativo que tal vez resulte útil.

### **3. Militarización y revolución tecnológica**

La estatización de la economía en la forma de la militarización no es invención exclusiva del régimen soviético. Ya en la primera guerra mun-

dial, los Estados europeos de manera más o menos acentuada habían recurrido a ello y son conocidas las reconstrucciones historiográficas de la intervención pública en Italia, especialmente bajo el fascismo, con prolongación y ampliación de aquellas primeras experiencias cumplidas en el clima de la guerra total. La estatización-militarización (aún parcial) de la economía es por consiguiente una de las vías estratégicas recorridas por el sistema de los Estados en este siglo. En los años que siguieron a la segunda guerra mundial, USA ha recorrido prevalentemente esa vía, mientras la URSS ha recorrido solamente esa vía. ¿Hay otras?. En el mismo período, por ejemplo, Japón ha experimentado la vía de un gobierno indirecto del Estado sobre la economía, de un gobierno ejercido principalmente a través de la promoción de la ciencia, de la tecnología civil y de la instrucción pública generalizada <sup>9</sup> (el capital privado ha hecho el resto, con viejas y nuevas formas de disciplina de la fuerza de trabajo) <sup>10</sup>.

La revolución del modo de producción que se desenvuelve ante nuestros ojos tiene un alcance epocal mucho mayor que otras "revoluciones" que han acompañado, en el pasado, a la modernización capitalista. Por ciertos aspectos, se podrían reconocer los caracteres de la transición hacia un modo de producción no más capitalista. Pero hasta ahora, también por algunas circunstancias históricas cruciales, esos caracteres se desenvuelven por impulso y bajo el control del capitalismo occidental, en el mercado-mundo capitalista. Se desarrollan por eso más en daño (que en beneficio) de las periferias y, ahora, también en perjuicio de los países ex-socialistas. La incapacidad histórica de estos últimos es, en el terreno "estructural", sobre todo la de no haber sabido ni podido encabezar, con una impronta no capitalista, la revolución del modo de producción. Al subrayar este aspecto negativo, Godelier <sup>11</sup>, La Grassa y otros autores hacen notar que el capitalismo, en cambio, dejando de apoyarse en técnicas anteriores, ha sabido rápidamente crearse una "base material (e intelectual) propia", o sea operar el pasaje de la "subsunción formal" a la "real".

Los estudiosos sugieren, por lo común, una periodización que pone a ese respecto una discriminación decisiva hacia el fin de los años sesenta. En el período precedente la vía estratégica de la estatización-militarización tomó la delantera y dio frutos también por las derivaciones positivas en los incipientes procesos de innovación tecnológica generalizada que ya interesan a la producción civil, especialmente en algunos campos. El ministerio de Defensa y la Nasa, han sido las fuentes fundamentales del dominio tecnológico estadounidense también en la producción civil? Sí, responde R.R. Nelson, si se mira a un primer período (en la post-guerra) y a las tecnologías que entonces eran las más avanzadas (calculadoras y semi-conductores<sup>12</sup>). En el período siguiente, en cambio, las derivaciones se hacen menos significativas y crece la carga negativa que las inversiones

militares importan en el cuadro más general de las inversiones para la investigación, para la innovación y para la educación. Una fuerte declinación de las derivaciones sobre la tecnología civil se tuvo enseguida, desde fines de los años sesenta, cuando otros países se adelantaron gastando más que USA en inversiones directamente dirigidas a la investigación no militar <sup>13</sup>.

El período de la guerra fría reproduce algunos elementos que, durante la última guerra mundial, habían favorecido el desarrollo de la innovación tecnológica. Los reproduce sustituyendo la regulación a través de la competencia con la regulación burocrática. Si en el sector militar el planificador es el mismo consumidor (y se trata de una ventaja), la planificación militar autoritaria presenta cierta desventaja respecto a una planificación (aún cuando sea centralizada, burocrática o sustraída al control del mercado) que por lo menos se beneficie de un control político democrático a través del cual pueden valer las presiones del público <sup>14</sup>.

Algunos autores han notado que el gasto militar, además de sostener el desarrollo de tecnologías avanzadas, absorbía una cuota desmedida de recursos científicos y tecnológicos sustraídos a otros usos y que, por añadidura, inducía "malos hábitos de proyección y de marketing", maximizando los costos y eliminando los controles del mercado. La observación es fundada para el período sucesivo a los años sesenta, según Kaldor. "Hoy, tanto en el Este como en el Oeste, el sistema industrial caracterizado por grandes empresas, con producción en masa y planificación industrial de largo período, descrito profundamente por John Galbraith en el libro *El nuevo Estado Industrial, está en crisis*" <sup>15</sup>. La guerra fría ha suministrado a la economía de USA un lubricante keynesiano, pero "ha debilitado las prestaciones económicas de largo plazo de la economía americana" <sup>16</sup>.

Por su parte, el Estado soviético ha obtenido y luego perdido también su "lubricante". Un giro negativo se ha verificado también en la URSS, con el agravante de sus mayores atrasos en las tecnologías civiles. En una conferencia de 1957 O. Lange ve en aquella de tipo estalinista "una economía de guerra *sui generis*". A su juicio, si bien necesarios en un período de transición revolucionaria, aquellos métodos no eran socialistas (como no era por cierto socialista la entrega obligatoria de productos agrícolas introducidas por primera vez por los ejércitos del Kaiser Guillermo II, en los territorios ocupados). En efecto, prosigue Kaldor, el sistema estalinista "ha funcionado verdaderamente con eficiencia solamente en tiempos de guerra"; pese a las destrucciones sufridas, etc., a fines de la segunda guerra mundial "la producción bélica soviética era análoga a la americana". Luego, el sector militar soviético ha podido gozar de dos beneficios (relativos): cierto grado de soberanía en relación al "consumidor" y cierto estímulo

externo, por la carrera de armamentos emprendida en competencia con los EE.UU. Pero en el Este, al atenuarse la guerra fría, "los altos niveles de gasto militar, el estancamiento de las capacidades tecnológicas y el endeudamiento han bloqueado la dinámica de las economías socialistas" <sup>17</sup>.

#### 4. La confrontación Norte-Sur

En este estado era necesario terminar con la guerra fría, en cuanto guerra simbólica sí, pero pagándose un precio cada vez más alto por ambas partes. Solo con un desarme (aunque fuera parcial) los EE.UU. habrían podido esperar una cierta (y parcial) conversión hacia la que, por comodidad expositiva, he indicado como la vía japonesa. Pero para poder cerrar el capítulo de la guerra fría los EE.UU. debían ganarla. Y, para ganarla, debían intensificarla con proyectos aún más costos y ambiciosos, como el proyecto del escudo espacial.

En lo que concierne a la URSS, la única vía que se le abría por delante era un camino sin salida. Después del fin de los años sesenta la guerra fría registró su impacto negativo sobre la economía soviética en una medida mucho mayor que en los EE.UU. (por la fuerte diferencia entre los respectivos puntos de partida y entre ellos respectivos potenciales productivos). Si hacer cesar la guerra fría era para los EE.UU. una necesidad para el mantenimiento de un rol de punta en la economía mundial, para la URSS era una condición necesaria y no suficiente para evitar caer en el infierno de los países subdesarrollados. Y, de hecho, puede hoy la URSS evitar, con certeza, ser atraída por el remolino del subdesarrollo, aún si se libera del peso de la guerra fría?

Se abre aquí otro problema crucial. El pasaje de la economía de guerra (del Estado-guerra- a la "vía japonesa" y a los procesos generalizados de la cada vez más rápida obsolescencia, tecnológica, no ya de la producción bélica, sino de la "civil". Este pasaje (que comienza a volverse visible hacia fines de los años sesenta) inaugura, por sus caracteres estructurales, otro tipo de guerra, cuyos vencedores están todavía más implacablemente anticipadamente predestinados: la guerra entre una minoría (minoría por necesidad estructural) de países siempre más "avanzados" y una correspondiente mayoría de países siempre más "atrasados". Pero por qué los vencedores están predestinados? ¿Cuál es el "destino" que los escoge?

Antes de los fines de los años sesenta, la guerra fría era condición para que el Estado, a su costo, procurase al desarrollo de las empresas públicas o privadas los efectos de derivación tecnológica que antes he indicado. Después de los fines de los años sesenta sucede algo distinto a la "derivación". Sucede que el estado asume directamente una mayor suma de costos sociales necesarios para garantizar, en la carrera universal por la

innovación tecnológica, las altas ganancias de las empresas. Es verdad que son desmovilizados algunos institutos del "Estado social" en perjuicio de los trabajadores, pero en beneficio de las empresas se multiplican los sostenes estatales para la investigación científica, para la instrucción pública cada vez más calificada y generalizada (sin la cual no hay hoy ninguna posibilidad de innovación y de aplicación tecnológica en amplia escala)<sup>18</sup>, para la falta de amortización de las tecnologías prematuramente abandonadas en el curso de una competición dispendiosa (que empuja hacia una incesante cuanto artificiosa obsolescencia de las innovaciones), para la nueva infraestructura necesaria y, en fin, para un parcial y no obstante dispendioso resarcimiento de los deterioros ambientales producidos por el crecimiento del consumo, además del aumento de los aportes energéticos y del producto bruto.

Es evidente que si en el siglo recorrido la concurrencia se desarrollaba entre empresas (y empresas singulares equipadas y bien dotadas podían afirmarse aún en países atrasados) al menos de veinte años a esta parte la competencia se desarrolla de hecho, en primer lugar, entre áreas geográficas, en consecuencia entre Estados o entre sistemas de Estados y en base a su diversa capacidad de ofrecer ese articulado sostén a las empresas adosándose los costos culturales y ambientales (hoy devenidos decisivos). En una tal concurrencia geográfica entre Estados o sistemas de Estados en el mercado único mundial, es fácil profetizar no solo quien vence y quien pierde, sino qué regiones enteras del globo están condenadas a perder y cual será el crecimiento exponencial del alejamiento entre vencedores y vencidos.

Es verdad que para desalentar la competitividad sobre el mercado de los productos industriales y agrícolas de los países más pobres serían suficientes las colosales concentraciones que hoy se realizan entre las empresas (privadas) multinacionales<sup>19</sup>, haciendo cabeza en los países más ricos, y que este fenómeno de por sí comporta, en el mercado mundial ya unificado, una reducción de los costos unitarios por producto (y por ello de los precios) capaz de eliminar cualquier concurrencia provocando, en los países más pobres, cierres de fábricas y sobre todo el abandono de culturas agrícolas. Pero la reducción de los costos (y por ello de precios) derivada de la intervención de los grandes Estados en sostén de las empresas, para los nuevos aprovisionamientos culturales, ambientales, etc., es el factor principal entre los que anulan de entrada la capacidad competitiva de las economías marginalizadas.

Si en los años treinta el capitalismo de Estado estaliniano pudo, con drásticas medias, acortar las distancias del potencial productivo de los países más industrializados, en el contexto mundial actual dominado por las innovaciones tecnológicas incesantes- vale una regla general con po-

quísimas excepciones aparentes: al igual que el capitalismo de Estado, o quizá peor, el de los grupos privados (también admitiendo que puedan surgir como por encanto en regiones desprovistas por largo tiempo del mismo) solo logrará acrecentar el propio subdesarrollo y la diferencia que lo aleja de los países-guía de Occidente.

Ciertamente, alguno de los países de Europa centrooriental podría -por el concurso de circunstancias favorables y, si así place, esforzándose por emular a los "cuatro dragones" del Asia oriental- alinearse en la exigua hilera de los países más desarrollados (aún cuando el resorte "originario" de los bajos salarios incida cada vez menos en las economías "post-industriales" actuales). Pero todos los otros se encontrarán frente al dilema: o conservar, con el mercado, la posición que, con las políticas planificadas, han ocupado hasta ayer en la gradación entre todos los países del mundo por su rédito medio per cápita <sup>9</sup> es decir, conservar una posición de "segundo mundo", renunciando ellos también traumáticamente a las viejas medidas burocráticas de protección social); o precipitarse hacia el "tercer mundo" mirando de soslayo el no lejano abismo del "cuarto" <sup>20</sup>. En tal caso, nosotros los occidentales (rechazando a los albaneses y otros incómodos vecinos nuestros) comenzaremos, quizá por contraposición, a apreciar a los pueblos que, en el Africa negra o en otro lugar, están muy lejanos de nuestras puertas o de nuestras fronteras y, sobre todo, están desde tiempos inmemoriales vacunados contra el espíritu de rebelión, porque están más habituados a la indigencia atávica y a la muerte por hambre <sup>21</sup>.

La URSS, ciertamente, tiene aún grandes recursos. Pero admitiremos, paradójicamente, que hoy sólo el aparato productivo militar -el único habilitado de cualquier modo a funcionar, por las razones dichas- podría hacerse responsable (y abastecedor de expertos, de tecnologías, etc. en concurso con aportes occidentales si fueran disponibles) para la reconstrucción de una economía de tipo colectivista o aún privatista que tendiera a superar la grave crisis abatida sobre todo los otros sectores? La democratización podría generarse de modo independiente de una solución de tal género que fuese buscada sobre el terreno económico? Y, más aún podría penetrar en el mismo complejo militar-industrial en rápida transformación? La China de hoy hace alimentar algunas dudas <sup>22</sup>. Y el fracaso del clamoroso golpe de Estado últimamente intentado en la URSS hace poco verosímil la hipótesis de una próxima revancha del aparato militar soviético.

Responder no es fácil aún para quien a diferencia del suscripto, sea un experto en este campo. Por ello querría volver a las definiciones del sistema soviético. Si nuestro juicio actual sobre aquella experiencia subraya la impronta "comunista", reforzaría ciertamente en nosotros, la necesidad de declararse "no comunistas" (en algunos casos hasta "anticomunistas"). Si, en cambio, juzgáramos aquella experiencia, no solo lejana del camino de la

democracia moderna, sino aún lejanísima de toda idea o práctica de comunismo, entonces podríamos quizá sospechar que el mundo (la economía-mundo segura y garantida, el mundo natural amenazado, el "Sud del mundo" amenazante porque ya está condenado) requiera hoy más comunismo y no menos.

Las concentraciones del capital son hoy más grandes y potentes. Y porque disponen también de nuevos y más potentes medios de comunicación de masas, por todos lados lentamente se instaura una práctica de "democracia bloqueada" que inmoviliza a la oposición, no ya solamente la de un partido comunista, sino del reformismo socialdemocrático o laborista, que concede solamente el control del Congreso al partido demócrata estadounidense, que directamente cristaliza las relaciones internas en los principales partidos, impidiendo de hecho el recambio de las mayorías. Qué tareas teóricas se darían para una reflexión sobre la democracia que se proyecte hacia el futuro? Y qué nuevas garantías de ciudadanía política se vuelven necesarias para las minorías en general, en especial para las portadoras de una palabra, no obstante todo, sobrecargada de historia y grávida de porvenir?

De la amenaza de autodestrucción -económica, ecológica, tecnológica- que pesa sobre los hombres, una salvación posible está en la reapropiación (no estatista) de los medios fundamentales de producción por parte del género humano unificado: una reapropiación de aquellos que son hoy realmente los fundamentales medios de producción, esto es de los poderes de información y de innovación científico-tecnológica y de los principales resortes materiales o energéticos activados por aquellos mismos poderes<sup>23</sup>. Si los pozos petrolíferos, por ejemplo, fueran quitados a quienes los poseen y convertidos en propiedad común del género humano, y también las invenciones, las tecnologías, las patentes, etc. fueran puestas a disposición de todos, no solo no habría habida guerra del Golfo, sino que la renuncia del Sud a sus materias primas sería largamente compensada por la redistribución planetaria (y por el uso no mercantilizado ni consumístico) de las tecnologías de vanguardia.

Fallida la presunta vocación de la clase obrera como "clase general", y tornada poco creíble una rebelión intencionada y consciente de las masas que pueblan los continentes de la marginación y de la pobreza, qué sujetos pueden hoy (aún sin ninguna pretensión de encarnar lo universal o los intereses del género humano) proveer la contribución más eficaz para el redescubrimiento de una perspectiva que no sea la de "eternizar" nuestro maravilloso presente? Quizá los hombres de cultura (o sea todos los hombres en cuanto devenidos "filósofos", aún con su "filosofía espontánea", como diagnosticaba Gramsci ya en los años treinta). O quizá, más particularmente, aquéllos que poseen una alta cultura "especializada" y que,

por ello, pueden hacerla pesar sobre nuestra suerte: por ejemplo, acordando formas nuevas y generalizadas (planetarias?) de abstención del trabajo en sectores tornados vitales para los Estados-en-guerra (hoy, empeñados contra el Sur del mundo) y para grandes empresas privadas de Estado (hoy, empeñadas en el saqueo de los recursos culturales y naturales).

Ciencia y naturaleza son hoy las dos grandes fuerzas de producción. No ya los fábricas o el trabajo manual. La escuela es hoy la gran "fábrica dilatada". Las fuentes energéticas son hoy la "fuerza-trabajo" física más extensamente explotada. En esto reside la diferencia entre los socialismos reales, que ya no son, y el comunismo posible que no es aún pero que, aunque estadísticamente improbable, solamente ahora aparece como (éticamente) irrenunciable.

Roma, diciembre 1991

### Notas

1. Tanto la crítica de Marx al estatismo de Lasalle y en consecuencia a cierta socialdemocracia alemana, como los reproches de Engels y de Lenin a esa socialdemocracia de estar impregnada de idolatría por el Estado han sido señalados por M. Dogelier y por J. Texier en sus intervenciones en el Coloquio Internacional desarrollado en la Sorbona del 17 al 19 de mayo de 1990. Véase M. Godelier "Los contextos ilusorios de la transición al socialismo" y J. Texier "El mundo moderno y la idea de comunismo" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?", bajo la dirección del J. Bidet y J. Texier, Paris, PUF "Actual Marx, confrontación", 1990, en páginas 199 y 46, respectivamente.

2. Luego de haber considerado que toda burguesía (privada o sobre el modelo de la "nomenklatura") es siempre burguesía de Estado, E. Balibar afirma que hoy las aspiraciones nacionales conciernen solo a la periferia o a la semiperiferia; "el viejo 'centro', en cambio, ha entrado en diversos grados en la fase de descomposición de las estructuras nacionales" (en E. Balibar-I. Wallerstein, "Raza, nación y clase. La identidad ambigua". Nota introductoria de G. Baratta, Roma Edizioni Associate, 1991, p. 101). En su comentario a algunas tesis de Balibar, T. Negri no se equivoca al sostener que el resurgir de la identidades nacionales particulares, como tentativa para mantener una ligazón social, es un fenómeno reencontrable en la disgregación del socialismo real, por un repentino "vacío de universalidad" positiva. Distinto, a su parecer, es el refloreCIMIENTO de la particularidad nacional o local cuando se confronta con ese "pleno de universalidad" negativa que hoy es dado por el mercado mundial capitalista. En ambos casos el fenómeno puede manifestarse en forma de particularidad agresiva contra otra particularidad (para acceder con ventaja a los beneficios o a las migajas del mercado mundial). El único antídoto a tales fenómenos y a sus posibles salidas facistas, puede provenir, concluye Negri, de la (universal) movilidad de las etnias que hoy se entremezclan irreversiblemente. (cfr. "El lenguaje inarticulado de la nación, Crisis de las identidades fuertes y mercado mundial frente a los particularísimos" en "II manifiesto" de 20/11/91).

3. Cfr. L. Cortesi, "Las armas de la crítica. Guerra y revolución pacifista".



Nápoles, Cuen, 1991, p. 34. La atómica de 1945 y la sucesiva guerra fría influyeron en forma desigual sobre las dos superpotencias; ya que los Estados Unidos conservaron intacta su capacidad económica, mientras la URSS había sufrido en el conflicto con Alemania pérdidas ingentísimas, humanas y materiales (pgs. 37-38).

4. L. Cortesi, op.cit, pgs. 10-11. En la carrera tecnológica sobre el terreno militar los Estados Unidos han precedido siempre a la URSS, que ha buscado contraatacar con algunas ventajas cuantitativas (p. 39). La forzada persecución tecnológico-militar de los Estados Unidos por parte de la URSS, por otra parte, ha acrecentado notablemente el poder de atracción que el capitalismo y la cultura industrial-capitalista han ejercido de todos modos, desde el comienzo, sobre la experiencia del "socialismo real" (p. 101).

5. Entre los muy calificados estudiosos que, en el campo internacional, han resucitado el concepto de guerra justa para defender la guerra del Golfo, esta M. Walser. Pero su tesis sobre el Golfo no puede ser aislada de sus otras visiones sobre la relación Norte-Sur. por ejemplo, en "Esferas de justicias", traducción italiana Milan, Feltrinelli, 1987, pgs. 49 y 70-71, aún admitiendo que los trabajadores "huéspedes" deben gozar de la ciudadanía plena y de sus correspondientes derechos en el país que los acoge, patrocina no obstante la necesidad de obstáculos y vedas contra la inmigración, invocando la tarea de proteger las identidades culturales.

6. Una reseña sumaria se encuentra en una nota del libro de J. Bidet "Teoría de la modernidad seguida de Marx y el mercado", París, PUF, 1990, p. 87. En Italia algunas tesis de Bettelheim fueron acogidas por G. La Grassa. Entre los que desconfían de la clasificación del sistema soviético como "capitalismo de Estado" quiero indicar a A. Catone, sobre todo por algunas de sus intervenciones públicas recientes y por un estudio suyo en curso en elaboración.

7. Cfr. Rossanda "Para un análisis marxista de la crisis de las sociedades del Este" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo" cit, pgs. 34 y 36. M. Florio duda de que pueda definirse como capitalismo de Estado un sistema en el cual no hay mercado (cfr. "Transición hacia qué?", en "Marx ciento uno, nº 4, 1991). Pero, aparte del hecho de que el sistema soviético es definible como capitalismo *monopolista* de Estado, no basta con observar el destino de esa acumulación capitalista primitiva (Rossanda) es decir, el empleo de gran parte del excedente para armas y tecnología bélica desproporcionadas respecto a los recursos económicos conjuntos y respecto al tenor de vida de las masas? En el mismo número de "Marx ciento uno" figuran otras intervenciones sobre la crisis de la URSS y del Este europeo (Cfr. en particular A. Catone "La crisis de la economía soviética" figuran otras intervenciones sobre la crisis de la URSS y del Este europeo (Cfr. en particular A. Catone "La crisis de la economía soviética" que se refiere, entre otros, al libro de Agamben sobre "El futuro de la economía soviética", Milan 1989, y A. Natoli "El fin del modelo estalinista" que insiste sobre la plena ocupación a toda costa y la sobrecarga de fuerza de trabajo como causa principal del retardo tecnológico en la URSS).

8. Cfr. "El marxismo-leninismo murió o quién vive?" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?", cit, pág. 106.

9. La "competencia espasmódica" entre los escolares en Japón, injertando la competitividad capitalista en la tradición confucionista, "formalmente proclama premiar la *cultura* y no el origen social (...). Esto tiene en cuenta el valor personal

del individuo mejor que pone su competencia al servicio del estado y por lo tanto del conjunto de la sociedad". Por otro lado "los dirigentes japoneses tienen una retribución que es diez veces menor a la de sus colegas americanos, a igualdad de funciones. En los años ochenta la diferencia salarial entre dirigentes y empleados era apenas de siete veces y medio, era de diez a fines de los años sesenta y de cien en los años veinte. Esta tendencia a un relativo *igualitarismo* es interna a la lógica de tipo *neocorporativo*, y se refleja también en las diferencias de *estatuto simbólico* administrativo, que son extremadamente reducidas, desde la vestimenta hasta las estructuras". "El *olnismo* es la versión moderna del taylorismo, adecuada a la *gran revolución industrial de la automatización y del control*". Y el "toyotismo" corresponde, en la mutación del tiempo, al "fordismo": el robot aprende las operaciones manuales parcializadas y luego las repite al infinito, lo nuevo es, sobre todo, la *multifuncionalidad* de trabajo y máquinas. (C. Filosa -G. Pala "El nuevo imperialismo japonés. Las bases económicas y sociales del neocorporativismo nipón", en "La Contradicción", nº 18, 1990, pgs. 12-13-25-34). El "toyotismo" es, según L. Cillario, en la edad tecnológico-informática, "la vía japonesa a la utilización consciente de la fragmentación de las funciones" ya experimentada a partir de la manufactura y hasta el taylorismo. Se busca aplicar el criterio de la fragmentación a la psicología de los hombres, es decir de introducir una separación de funciones también en cada uno de nosotros. (Cfr. L. Cillario, "El hombre de probeta" en el trabajo organizado. Perfiles postmodernos de la alienación del sentido y de la subjetividad", reseña bibliográfica crítica, Bologna, Editorial Mongolfier, 1990, p. 226).

10. La fuerza de trabajo es económica, disciplinada, instruida pero flexible y sin especialización predeterminada. El relativo control que le es confiado sobre el proceso de trabajo, también a los fines de la innovación, es subalterno y marginal, pero útil para la empresa. Los trabajadores están "en continua competitividad y emulación", también porque los retardos y las ausencias de unos deben tomarlas a su cargo los otros, pero colaboran entre sí. "Dos personas suspendidas en el vacío con la misma cuerda deben colaborar, aunque se detesten, siempre que quieran salvar el pellejo. El patrón pone la cuerda, una sola, el resto lo deben pensar ellos!". Y el patrón vierte en su propio beneficio los frutos de aquello que Marx llamaba el "trabajo combinado" (C. Filosa- G. Pala, op.cit. pgs. 23-26).

11. M. Godelier, "Los contextos ilusorios de la transición al socialismo" en Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?, cit. p. 194. G. Pala ve "una singular forma de sumisión "formal" *invertida* en el capitalismo tardío: no la modalidad productiva precapitalista sino las nuevas fuerzas productivas tecnologizadas y por ello virtualmente post-capitalistas "quedan encerradas en la "vieja piel", es decir, son objeto de subsunción formal por parte del capital. (Cfr. "El mundo hechizado por el Señor Capital" en "la contradicción" nº 0, 1987, p. 75).

12. Cfr. R.R. Nelson "Ascenso y caída de la supremacía tecnológica de los Estados Unidos" en "La economía global. Estados Unidos, Europa y Japón entre competencia y conflicto", al cuidado de M. Pianta, Roma, Ediciones Lavoro, 1989, pgs. 45-46.

13. Ibid, pgs. 50-51.

14. Mary Kaldor, "La economía después de la guerra fría", en "La economía global, cit, p.131-132.

15. Ibid, p.125. El "Estado industrial requería altos niveles de gastos militares, tenía necesidad de la guerra fría" y conducía a una cierta convergencia entre los dos sistemas (id. p.126).

16. Ibid. p.132.

17. Ibid. pgs.134-137.

18. Escribe R.R.Nelson que la ciencia moderna, es desde el inicio, un campo abierto a la recíproca información en escala internacional, mientras que las tecnologías están sujetas a varios derechos de propiedad (pero más que las patentes cuentan el *Know how* y la experiencia acumulada ampliamente reservadas). En la última post-guerra crece la comunicación también en el campo tecnológico. Pero, se objetará, crece también la cantidad y la importancia de las tecnologías todavía monopolizadas. En los hechos, admite Nelson, también las tecnologías que resultan del domino público son poco accesibles si faltan las bases de instrucción (especializada) indispensables también a nivel de masa. Los países subdesarrollados sufren, sobre todo, por esta carencia (pgs. 52-54). Y véase en p. 66, la tabla referente a la instrucción superior: Japón está en ventaja sobre todos los otros países). Dos economistas soviéticos, V. I. Maslennikov y L.E. Mindeli hacen notar que "en la segunda post-guerra el ritmo de aumento de los científicos ha emparejado en la URSS al americano hacia la mitad de los años setenta y después ha caído ostensiblemente". (en *Vestnik AN SSSr*, 1989, nº 10, el artículo está citado por *Ciencia sociedad*, nº 43-44, 1990).

19. "La concentración-centralización del capital ha conducido a la constitución de gigantes mundiales, las firmas multinacionales, para las que el área de acción es casi planetaria y la parte del mercado considerable, aunque toda expansión no puede en adelante hacerse sino en detrimento de otros capitales gigantes". (Ch. Barrere. "Leer la crisis", Paris, PUF, 1986, pags. 364-365).

20. En Argentina, Costa de Marfil, Bangladesh, etc., las cosas andan mal porque ha sido abandonado el mercado? (I. Wallerstein "El marxismo-leninismo está muerto quién vive?" en "Fin del comunismo? Actualidad del marxismo?", cit. p. 153).

21. Hoy en día los "graves desequilibrios entre las diversas áreas geográficas" "en cierto sentido han transferido el centro de la cuestión social del ámbito nacional al nivel internacional". "Pero otra forma de propiedad existe, en particular, en nuestro tiempo y reviste una importancia no inferior a la de la tierra: es la propiedad del conocimiento de la técnica y del saber. Sobre este tipo de propiedad se funda la riqueza de las Naciones industrializadas mucho más que sobre la de los recursos naturales". (id, pgs, 126-127). "De hecho, muchos hombres, quizá la mayoría (...) no tienen la posibilidad de adquirir los conocimientos básicos" necesarios para valorizar su cualidad propia. "Ellos sino propiamente explotados son ampliamente marginados". "Incapaces de resistir a la competencia de mercancías producidas en nuevas formas", abandonan su actividad tradicional y se agolpan en condiciones de miseria en las ciudades del Tercer mundo. Las "carencias humanas del capitalismo, con el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres, no es sino la desaparición, más aún para los pobres; a la falta de bienes materiales se agrega la del saber y del conocimiento que les impide salir del estado de humillante subordinación" (id. pgs. 128-129). (Carta Encíclica de S.S. Papa Pablo II "Centessimun

annus". La enseñanza social de la Iglesia de la Rerum Novarum a hoy. El texto íntegro de la nueva encíclica y de la Rerum Novarum con introducción y análisis histórico de Monseñor Franco Biffi, Casale Monferrato, Ediciones Piemme, 1991, p. 115).

22. Rossana Rossanda, en "Para un análisis marxista de la crisis de las sociedades del Este" (cit. p.37) hacer notar que según los gobernantes de China (y según algunos críticos de Gorbachov) primero debe arribar el mercado, después la democracia, sobre el ejemplo de cuanto se ha verificado en Occidente, donde el bienestar actual recompensa también con la democracia el hambre y la miseria que el mercado ha provocado en un tiempo anterior en gran escala.

23. J. Texier dice que la información y el ambiente no pueden ser confiados al mercado capitalista. (Cfr. "El mundo moderno y la idea de comunismo" en Fin del comunismo? Actualidad del marxismo? cit. p. 49). Por su parte L. Seve afirma que en Marx se encuentra ya "*una perspectiva comunista de la era industrial*" toda vez que la revolución tecnológica pone a la orden del día una *perspectiva comunista de la era informacional* que vuelve a aquella mucho más creíble (Cfr. "Fin del comunismo?" en el mismo volumen, p. 147).

Traducción Leandro Ferreyra y Edgardo Logiudice